« criaturas, como si sus necesidades fuesen mas urgentes que las « nuestras, ó como si las personas que caritativamente nos socor- « ren pudieran hacerlo con nosotros y con los espósitos." A lo que Vicente contestó: « Dios perdone esa flaqueza que le hace se- « pararse de los sentimientos que prescribe el Evangelio. ¡Cuán « poca fe tiene en temer que nuestro Señor nos abandone porque « tenemos cuidado de esas pobres criaturas abandonadas! ¿Ignora « acaso que el mismo Jesucristo ha prometido recompensar con el « céntuplo lo que se dé en su nombre? Este bondadosísimo Sal- « vador dijo á sus discípulos: *Dejad que se acerquen á mi esos pe- « queñuelos.* ¿Y cómo podriamos, sin oponernos á su doctrina, « abandonarlos y cerrarles las puertas de la compasion? Recorde- « mos la ternura que Jesus manifestaba á las criaturas cogiéndolas « en sus brazos y bendiciéndolas con su divina mano; recordemos « el precepto que nos ha dejado, con motivo de los niños, de ase- « mejarnos á ellos si queremos entrar en el reino de los cielos: « pues ninguno se asemeja mejor que el que tiene caridad con ellos; « y por esta caridad ocupa el lugar de los padres, ó mas bien el de « Dios, que ha dicho, que si la madre olvidase al hijo, él tendria « cuidado de su existencia, y no lo abandonaria. Si viviese nuestro « Señor entre los hombres en la tierra, y viese niños espósitos, ¿los » abandonaria? Esta idea ofende en alto grado su infinita bondad; » y puesto que hemos sido elegidos por su Providencia para cui- » dar de la subsistencia corporal y del bien espiritual de estos po- » bres espósitos, faltariamos al cumplimiento de los deberes que » nos impone esta gracia que Dios nos ha hecho, si por el trabajo « que nos cuesta nos cansáramos y los abandonáramos tambien."

CAPITULO IX.

Su afabilidad.

Acaso esta virtud, tan propia para ganar los corazones, fué la que mas costó á Vicente. Como habia nacido con una complexion biliosa, su genio naturalmente vivo era propenso á la ira. Desde sus primeros años trabajó en reprimir los movimientos que se le-

vantaban en su ánimo; y era tal la violencia que se hacia interiormente para esto, que se manifestaba en su esterior por cierto aire de sequedad y melancolía. Examinóse á sí mismo con mucho cuidado, vió lo que le faltaba, y recurrió al Ser Supremo que dispone de nuestro barro segun su voluntad, y por medio de la gracia reforma la naturaleza; cobró ánimo con el ejemplo de San Francisco de Sáles, cuya ordinaria afabilidad le admiró desde la primera conversacion que tuvo con él: finalmente, á fuerza de su vigilancia llegó á ser tan dulce y tan afable, que en este punto hubiera sido el primer hombre de su siglo, á no haber vivido en él el santo obispo de Ginebra. « Cuando vemos al Sr. Vicente, de- « cia Fenelon, nos parece estar viendo á San Pablo exhortando « á los Corintios por medio de la afabilidad y de la modestia de « Jesucristo."

Poco cuesta ejercer la afabilidad con aquellos que la ejercen con nosotros, esto tambien lo hacen los paganos; pero ser afables con los que nos ofenden, con los que nos contradicen y con los que á nada dan oidos, esto es efecto de una virtud superior á las fuerzas de la naturaleza: y tal fué el efecto de la virtud de Vicente de Paul. Muchas veces, y aun en un mismo dia, tenia precision de tratar con personas de distinguido nacimiento, y con otras que estaban faltas de toda educacion, con gentes de talento y con gentes rústicas, con sujetos escrupulosos y con filósofos arrogantes; en una palabra, con cuantas clases de personas pueden imaginarse desde el trono de los reyes hasta la cabaña de los pastores: pero en todas partes presentaba la idea del Divino Salvador cuando conversaba con los hombres: jamas se advirtió alteracion en su semblante, aspereza en sus palabras ni señales de enojo en sus acciones. Sucedióle interrumpir la conversacion que tenia con ciertas personas de distincion, por repetir hasta cinco veces una misma cosa á uno que no la entendia, y decírsela la última vez con la misma tranquilidad que la primera. Oia sin la menor sombra de impaciencia á las pobres gentes que hablaban mucho y muy mal, dando á sus palabras el buen sentido de que eran susceptibles. Sin embargo de estar tan cargado de negocios, sufria que se le interrumpiese hasta treinta veces en un mismo dia por personas escrupulosas, que no hacian sino repetirle una misma cosa con diferentes términos, y oirles hasta la última palabra con in-

alterable paciencia, escribirles algunas veces de su propio puño lo que antes les habia dicho, y esplicarlo mas adelante cuando no lo habian entendido bien; finalmente, le sucedió interrumpir el oficio divino ó el sueño, por no perder la ocasion de hacer un sacrificio, que muchas veces cuesta mas trabajo á un hombre de entendimiento que á cualquier otro.

Consideraba para con los hereges necesaria esta afabilidad. Decia que en las disputas vivas, aquel con quien se disputa conoce desde luego que se intenta convencerle, y por tanto se prepara, no á reconocer la verdad, sino á impugnarla: que esta contienda en vez de facilitar la entrada de la verdad en su alma, por lo comun cierra la puerta de su corazon, la que hubieran abierto la afabilidad y el agrado: que el ejemplo de San Francisco de Sáles, era una prueba manifiesta de esta verdad: que aquel prelado, no obstante ser tan hábil en la controversia, habia convencido mas hereges con su afabilidad que con su ciencia: que con este motivo solia decir el cardenal de Perron, que él trabajaba por convencer á los novadores; pero que el convertirlos era negocio propio del obispo de Ginebra. «Finalmente, añadia, jamas he visto «ni he tenido noticia de que un herege se haya convertido en fuer«za de la disputa ni de la sutileza de los argumentos, sino por «medio de la afabilidad: tan gran fuerza tiene esta virtud para «ganar á los hombres para Dios."

Estaba tambien persuadido el siervo de Dios de que valiéndose de la afabilidad se puede sacar fruto de las misiones de las aldeas. «Sed afable en la asamblea de los pobres: este es un consejo de la «Escritura: [1] *Congregationi pauperum affabilem te facito.* Esta debe «ser nuestra regla, decia á los suyos: sin esto, aquellas pobres «gentes se acobardarán, y no se atreverán á ponerse delante de «nosotros; nos mirarán ó como á hombres demasiado graves, ó co«mo á grandes señores comparados con ellos, y así se arruina«rá la obra de Dios, y nosotros no podemos cumplir con los fi«nes á que nos destina. La bendicion que Dios ha echado sobre «nuestras primeras misiones, bien se deja ver que ha sido por la «afabilidad de que hemos usado con todo género de personas; y «si Dios se ha dignado valerse del mas miserable de todos los «hombres para la conversion de algunos hereges, ellos mismos

[1] Eclesiástico, cap. 4 v. 7.

«han confesado que la han debido á su agrado y afabilidad. Has«ta los forzados, con quienes he tratado mucho, no se ganan de «otro modo; y si cuando les hablaba con alguna seriedad todo lo «echaba á perder, por el contrario, cuando alababa su resigna«cion, cuando me compadecia de sus trabajos, cuando les decia «que eran felices porque tenian su purgatario en este mundo, «cuando besaba sus cadenas, entonces me oian y daban gloria «á Dios por hallarse en estado de salvacion. Os suplico me ayu«deis á dar gracias á Dios por esto, y á pedirle que se digne in«fundir en todos los misioneros la costumbre de tratar con afa«bilidad á sus prójimos en público y en secreto, y aun á los pe«cadores mas obstinados, sin valerse jamas de reprensiones, in«vectivas ó palabras ásperas con nadie. Yo confio que procura«reis huir de este mal modo de servir á las almas, el cual, en vez «de ganarlas, las exaspera y aparta. Nuestro Señor Jesucristo es «la suavidad eterna de los ángeles y de los hombres, y por me«dio de esta misma virtud debemos nosotros procurar ir á él, «guiando por este camino á los demas."

Nuestro Santo fundaba su afabilidad en dos principios: uno era la palabra y el ejemplo del Salvador; otro, el conocimiento que tenia de la flaqueza del hombre. Por lo tocante al primer principio, decia que la afabilidad y la humildad son dos hermanas que concuerdan entre sí; que Jesucristo nos enseñó á reunirlas cuando dijo: [1] *Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazon;* que estas palabras fueron confirmadas con su ejemplo; que el Salvador quiso tener discípulos rústicos y sujetos á varios defectos, para enseñar á los que están en su lugar el modo con que deben tratar á aquellos de quienes están encargados; que nadie puede ver la afabilidad que practicó en todo el discurso de su pasion, sin inclinarse á ella: en aquella ocasion dió el nombre de amigo al corazon mas infame que jamas hubo, y sufrió sin murmurar las crueldades de una tropa deicida que le escupia el rostro y le insultaba en medio de sus dolores. «¡O Jesus Dios mio! escla«maba, ¡qué ejemplo este para los que nos hemos dedicado á imi«taros! ¡Qué leccion para los que nada quieren sufrir, ó que se «inquietan ó enfadan cuando padecen!" Fundado en el segundo principio, decia Vicente que es muy propio del hombre cometer

[1] Matth. cap. 11. v. 29.